

Editorial

PEDAZOS DE ARQUITECTURA

A los 1.200 años de la fundación de la Mezquita de Córdoba

La antigua Mezquita de Córdoba es un edificio difícil de ver. Sus altos y opacos muros no encierran una imagen precisa sino un *ambiente* difuso e interminable, que sólo con metáforas y poesía se puede explicar.

Al entrar en la antigua Mezquita, circunstancias como la temperatura, la luz o la repetición de las columnas y los arcos, definen el ambiente, pero por encima de todo hay un *aire de misterio*. El misterio de lo religioso, la certeza de que en este lugar hubo siempre un pueblo rezando. Desde antes del Islám y antes de Roma; en épocas anteriores a la historia. Y sobre todo, el misterio de lo exótico, de una cultura que un día fue nuestra y hoy es lejana y antigua.

Hay una arquitectura *oculta*, no sólo en el edificio que se observa, sino el que el espectador *hace el esfuerzo de imaginar*. Es una *arquitectura hecha de pedazos*. Grandes pedazos de épocas antiguas.

La Mezquita-Catedral de Córdoba, tal y como hoy la conocemos, es consecuencia de muchas y diversas obras llevadas a cabo en momentos muy distintos de su historia (1). Hubo épocas en la que tuvo una gran unidad, que podemos lamentar perdida; no nos referimos a la Mezquita excesiva según la amplió Almanzor, sino más bien a la pequeña, cuadrada, precisa construcción de Abderramán I, o a la rica, elegante, culta fábrica de Aláquén II; o, incluso, a la Catedral de mediados del XVIII, en su estilo barroco tardío, toda blanca y luz.

Pero hoy la reconstrucción de la unidad perdida sólo ha de ser posible en nuestra imaginación. Proponerse la recuperación de la unidad, sea la de todos los techos artesonados, o por el contrario la de los techos de cañizo y yeso, o la unidad de todo el suelo de mármol, sería destruir algunos de esos *pedazos* cuya diversidad y suma constituye el templo. Nuestro esfuerzo debe ser por el contrario, valorar, restaurar e incluso reponer algunos de esos pedazos que hayan sufrido, pero antes es preciso estudiarlos.

La clasificación para este estudio pueden ser clara si se atienden consideraciones exclusivamente arquitectónicas, dividiéndose las obras en tres períodos cronológicos: el de fundación y crecimiento de la Mezquita islámica, el de la transformación cristiana en Catedral y el de la restauración del conjunto, iniciado a partir de que tal concepto y acción tiene cabida.

No es preciso extenderse, por obvio, en la definición del primer período, el islámico, para el que podemos aceptar como fecha final la de la Reconquista de Córdoba por los ejércitos del Rey Fernando III. En este período se construyó la Mezquita. O, para decirlo mejor, las sucesivas Mezquitas. Esta distinción, que ya realizará Chueca Goitia, es importante, porque significa que las obras de los sucesivos emires y califas eran, más que simples ampliaciones, construcción de nuevas mezquitas en las que las anteriores eran absorbidas como una parte. La distinción es también importante porque explica cómo la construcción de la nueva Catedral forma parte de un proceso y no representa una ruptura tan radical como pueda en un principio parecer.

El segundo período comprende aquellas obras que fueron realizadas tras la consagración del edificio como iglesia cristiana y suponen en realidad la construcción de una Catedral. Hay que subrayar que los cristianos que practicaron sistemáticamente la operación político-religiosa de derribar todas las mezquitas cordobesas para levantar en su lugar una iglesia, hicieron con la mezquita aljama la significativa excepción de construir el templo *dentro*, sin destruirla. Tanto la valoraban artísticamente. Igual que hemos hablado de las distintas mezquitas, habría ahora que diferenciar las sucesivas Catedrales que dentro del mismo edificio se fueron construyendo, de acuerdo con las ideas arquitectónicas que en cada momento se imponía a las anteriores.

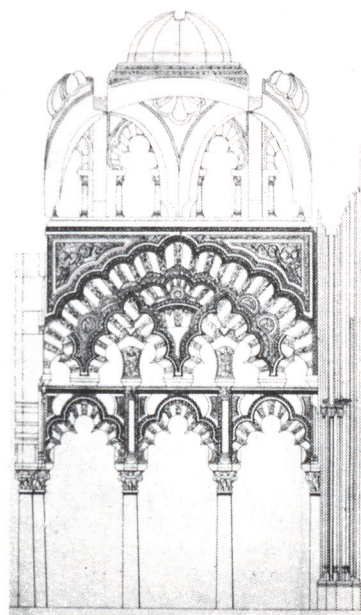
Es decir, la Catedral se fue viendo, con el paso del tiempo, con ojos mudéjares, renacentistas, manieristas, barrocos... Nos podemos así explicar que al principio bastara la consagración del templo y el cambio de orientación de los rezos para que los fieles consideraran el espacio y la arquitectura como adecuados para la religión cristiana. Es el sincretismo del Rey Sabio (y nunca un mote estuvo mejor puesto), sumado a su condición de artista, lo que le llevó a ordenar que no se modificara la antigua Mezquita y a señalar que para toda obra de conservación que fuera necesaria se recurriera a albañiles y carpinteros moriscos, de forma que en nada se alterase el edificio. No es de extrañar que para quienes venían de construir templos mozárabes no fuera incómodo rezar en su modelo: la Mezquita.

Hitos importantes en esta serie de Catedrales fueron la gótica de 1489 y la plateresca que Hernán Ruiz inició con la construcción del gran crucero en 1523.

Así llegamos, reforma tras reforma, Catedral tras Catedral, hasta la intervención total del 1740, cuando en pleno triunfo del tardío barroco cordobés se encalan los arcos, se construyen las bóvedas de cañizo, se pintan puertas, altares y otros elementos de vivos colores y se abren los lucernarios por todo el edificio, inundando de luz la catedral barroca. Es un momento de gran unidad del templo que no duraría mucho. Quienes reedificaran iglesias cordobesas del *barroco de placas*, podrán recomponer en su imaginación la Catedral que los viajeros románticos encontraron al llegar a la Córdoba de finales del siglo XVIII. La cal le dio una unidad al edificio al precio de ocultar muchas arquitecturas, entre otras las de la Mezquita.

La diferencia que se establece entre este segundo período y el tercero es conceptual. En 1815, con la reconstrucción del mihrab, aparece nítida y precozmente en este edificio la idea de la *Restauración*, entendida como la recuperación de elementos arquitectónicos originales de gran valor, desaparecidos u ocultos con el tiempo.

A partir de esta fecha en todas las obras que se realizan en el templo —definiendo este tercer período— está presente este concepto, lo que las diferencia netamente del período anterior. Las obras del primer y segundo períodos, tienen en común una suerte de *naturalidad* por la cual siguen siempre el *estilo* o la *manera* de la época. Con la aparición de este concepto de la



restauración esa *naturalidad* se pierde y todas las obras se realizan —de una manera u otra— con la vista puesta en la antigüedad.

Aparece la idea de *recuperar*, no se trata ya de conservar; se persigue una imagen de la antigüedad. Hasta el momento, el artista que intervenía en el monumento lo hacía siguiendo unos principios que él *sabía nuevos*, que consideraba superiores de posiciones anteriores, es decir, participaba en forma más o menos explícita, de una idea de *progreso*. Para el restaurador la imagen ideal, y las formas sobre las que trabaja, son del pasado. La ideología de la restauración, y con ella todos los restauradores, se mueve entre dos posiciones extremas: la intervencionista definida por Viollet-le-Duc, y la *abstencionista* de Jhon Ruskin (3).

Lo escrito más arriba, no quiere decir que *antes* de la aparición de este concepto no se valorase el pasado. Muy al contrario. Ya hemos señalado el porqué de la conservación de la Mezquita, pero tal vez sea más expresivo, recordar cuantas veces se reconstruyeron partes hundidas (o afectadas por distintas reformas), dentro del templo; así las tres *naves* que rodean el *crucero* que construyó Hernán Ruiz I, y que este arquitecto volvió a levantar —idénticas a su estado original aunque cubriéndolas con bóvedas de piedra, después de desmontarlas para realizar su obra—. O la reconstrucción del tramo occidental de la primitiva Mezquita de Abderramán I, donde las labras de figuras por encima de los cimacios en sustitución de los modillones de rollos testifican y fechan lo dicho.

Digámoslo una vez más: *antes de la Restauración era el tiempo de los artistas*; que intervenían en el templo amándolo y destruyéndolo para construir algo necesario y nuevo, *luego, vino el tiempo de los restauradores*, los que cuidan la historia y son, por ello, sus prisioneros.

Modernamente, los restauradores han contado ya con estudios magníficos, como son primordialmente los de Gómez Moreno y de Leopoldo Torres Balbás, aunque referidos únicamente a la Mezquita islámica y a su crecimiento. La transformación en Catedral ha sido muy escasamente comentada, incluso porque los grandes historiadores españoles han adoptado a menudo la óptica del restaurador y del arqueólogo, cosa que frecuentemente eran, deplorándola simplemente o hablando acaso del Crucero entendido por separado y como pieza suelta del renacimiento español. Tanto esta carencia crítica como el hecho de que la Dirección General de Bellas Artes haya localizado algu-

nos de los proyectos y dibujos de las restauraciones realizados por Velázquez Bosco, nos han animado a ofrecer a los lectores un primer análisis de las dos últimas épocas, así como uno más sintético, arquitectónico y actual de la primera. Pues, en cualquier caso, la consideración contemporánea de la Mezquita-Catedral necesita comprender críticamente su totalidad material y artística.

G.R.C.

A continuación se publican textos de Rafael Moneo, Antón Capitel y Gabriel Ruiz Cabrero sobre los tres respectivos períodos. Se acompañan de dibujos de las plantas de las distintas fases de la Mezquita Islámica, según la versión del propio Moneo dibujado por P. Feduchi Canosa, así como de la planta de la Mezquita dibujada en original a 1:50, por Gabriel Ruiz Cabrero para la Dirección General de Bellas Artes, continuando el levantamiento que dejó inacabado Félix Hernández. Igualmente se incluyen otros dibujos de G. Ruiz Cabrero y una selección de los realizados por Velázquez Bosco. Se completa la ilustración de los textos con un reportaje fotográfico realizado ex profeso para la Revista.

ARQUITECTURA, agradece a distintos organismos oficiales la posibilidad de utilizar para esta publicación material que ha sido concebido originalmente en el interior de trabajos para los mismos. Principalmente, a la Dirección General de Bellas Artes y Archivos del M.^o de Cultura, a cuyo requerimiento comenzó y continuó sus trabajos Gabriel Ruiz Cabrero y de cuyo Servicio de Inspección Técnica de Monumentos ha sido Arquitecto Jefe Antón Capitel, iniciando el estudio de la transformación del edificio por extensión del trabajo de su cargo. Asimismo a la Dirección General de Arquitectura y Vivienda del M.O.P.U., que inició las obras actuales al cargo de G. Ruiz Cabrero y Rafael Moneo. Y, por último, a las Direcciones Generales de Arquitectura y Vivienda y de Bellas Artes de la Junta de Andalucía que han continuado las obras, y permitido también la continuidad de los estudios.

Un agradecimiento especial a don Manuel Nieto Cumplido, Canónigo Archivero de la Catedral, por sus facilidades dadas en nombre del Cabildo y por sus propias ideas y sugerencias en el estudio del Monumento.



Fotos de la Mezquita: Miguel Castañeda